

Javier Barros Sierra

Serenidad y valentía

Javier Barros Valero

En este 2015 se conmemora el centenario del nacimiento de Javier Barros Sierra. Los hitos centrales de su trayectoria como ingeniero y educador son rememorados por su hijo Javier Barros Valero, mientras que Rolando Cordera Campos y Javier Jiménez Espriú hacen un recorrido por las ideas que articularon la conducta de quien fue rector de nuestra alma mater durante el difícil año de 1968.

Recordamos a Javier Barros Sierra en el centenario de su nacimiento.

Su figura se asocia con la serenidad y la valentía con que defendió la autonomía universitaria en 1968. Al hacerlo, ayudaría a fortalecer la democracia en México.

Barros Sierra se opuso al autoritarismo rampante, arriesgando su vida para que prevalecieran las garantías democráticas que, al menos formalmente, ofrecía el Estado. Lo impulsaban dos causas: su formación en un medio familiar de patriotas republicanos, cuya figura señera es Justo Sierra, y el ideal de una nación justa, próspera, pacífica y participativa, resumido en la Constitución del 17.

No es fortuito que optara por la carrera de ingeniería civil, cuando urgían al país medios de comunicación y de transporte que estimularan la economía y la cohesión entre sus pobladores. A ello dedicó una parte significativa de su vida.

También construyó de otro modo: educando personas en los niveles preparatorio y universitario, como maestro y en la práctica de cargos directivos, destacadamente al frente de la Facultad de Ingeniería.

Participó en la administración del Estado, invitado a ocupar la cartera de Obras Públicas en el gabinete del último presidente que pudo alternar espontáneamente con las masas. Esa encomienda le permitió organizar el esfuerzo para multiplicar las carreteras, los puentes y las vías férreas; culminar, por ejemplo, el ferrocarril que va de Chihuahua al Pacífico.

Contribuyó, asimismo, a fundar organismos como Ingenieros Civiles Asociados y los Institutos de Ingeniería de la UNAM y Mexicano del Petróleo. Dirigía este último, en 1966, cuando la Junta de Gobierno de la Universidad Nacional Autónoma de México lo designó rector; era un momento muy grave para la institución. No sería el último ni el más exigente.

Restableció el orden. Llamó a la unidad. Puso en marcha una ambiciosa reforma académica y administrativa para actualizar métodos y sistemas, y recuperar la comunicación entre los estudiantes y el profesorado de las distintas áreas del conocimiento, rescatando así la universalidad que define a la Universidad como concepto y como práctica.

Al mediar el año de 1968 asoman en el país signos ominosos. Se desencadena la lucha por la sucesión pre-



Javier Barros Sierra, rector de la UNAM de 1966 a 1970

sidencial de 1970. Los poderosos contendientes hacen de las instituciones de educación superior su campo de batalla. La UNAM encabeza la lista.

A un tiempo y paradójicamente en un ambiente de bonanza económica, surge un clamor por mayores posibilidades de participación política, sobre todo por parte de algunos sectores de la izquierda, los cuales operaban prácticamente en la clandestinidad, constreñidos sus márgenes de expresión.

Junto con ello, la inminencia de los Juegos Olímpicos, ocasión para que el gobierno expusiera el país ante el mundo como una entidad moderna, aunque sin haber hecho su tarea de fondo, la de acompañar al buen desempeño económico con la democratización de la vida nacional.

Era casi imposible enfrentar esa conjunción de elementos —había otros— desde la rectoría de la Universidad, contando sólo con algo más que autoridad moral.

El rector Barros Sierra protestó enérgicamente por la agresión a la Preparatoria Nacional; peligrosaban la autonomía de la Universidad y, peor aun, la libertad en México. El Estado empleaba la bazuca en contra de sus creaturas.

El rector guió dignamente la memorable manifestación del primero de agosto de ese año aciago. Condujo la protesta liderando a los universitarios y también a los politécnicos, los normalistas, los agrónomos. Los llamó a expresar su repudio ordenadamente dentro de las instalaciones escolares. Pero la mítica tinaja de los males ya estaba descubierta.

En adelante, Barros Sierra hubo de lidiar con la incompreensión y aun con el encono de unos y de otros; debió

caminar solitario “contra los jirones de fuego”, aunque armado con el poder magnífico de los principios.

Tras ocupar militarmente el campus y llegado el conflicto a un punto crítico, el gobierno quiso de todo responsabilizar al rector. Para ello empleó sus vastísimos recursos, desde la abyección de los legisladores hasta el control férreo de los medios de comunicación, quienes abusaron de la mentira, la injuria y la calumnia, provocando que el rector renunciara para no exponer más a la Universidad; una dimisión contundente que señalaba con toda claridad al presidente de la “*dictadura perfecta*” como el gran instigador.

La comunidad, en las calles y mediante cartas y desplegados, respaldó decididamente al rector, hasta convencerlo de revocar su renuncia.

Luego vendría el trágico desenlace de Tlatelolco. La fuerza violentaba a la razón. La democracia real en México tendría que esperar. La Universidad, lo mismo que su rector, ya nunca fueron los mismos. Ambos estaban y eran, pero el ataque a San Ildefonso, la ocupación de la Ciudad Universitaria y la hecatombe del 2 de octubre habían nublado el horizonte.

Al final, aquella gesta promovería un cambio trascendental. Se abrieron cauces inéditos de expresión política. Y aquí estamos los mexicanos, empeñados aún en poder, algún día, decidir nuestro porvenir de acuerdo con el interés colectivo.

Javier Barros Sierra fue sobre todo un gran maestro, pues educó a generaciones a través del único medio inquestionable: el ejemplo. Cuando en México se trate de valores y de valentía, su persona seguirá siendo una referencia obligada.